

La Licenciatura en Comunicación Visual: espacio propicio para el debate

DRA. MARÍA DEL VALLE LEDESMA
Docente investigadora FADU/UNL

Cuando hace diecisiete años la FADU me convocó a dictar uno de los primeros seminarios de especialización en vistas a lanzar la carrera de Diseño Gráfico no sabía que, años después, iba a incluirme como profesora de la casa en una carrera potente, ya transformada en Licenciatura en Comunicación Visual.

Apelo a este hecho de mi biografía personal para ilustrar el dinamismo de la institución que llevó, en el corto lapso de veinticinco años, a generar una nueva carrera –la de Diseño– y no sólo eso, sino también a modificarla con el objetivo de expandir sus fronteras, apuntando a la especificidad de un campo disciplinar en constante movimiento. El ejemplo pone en evidencia un modo de ser institucional centrado en el examen constante de la propia realidad y su relación con la realidad educativa, social, política y económica de la región, el país y el mundo; un modo de ser institucional alejado de los comportamientos coagulados, de las cuestiones consideradas como obvias, de los conformismos personales. O más precisamente, un modo de ser institucional que combina sabiamente las dosis necesarias de continuidad con una fuerte dosis de innovación.

En este contexto, al responder no sólo a exigencias locales sino al ritmo marcado por el pulso social, la transformación de la primitiva carrera de Diseño Gráfico en Licenciatura en Comunicación Visual significó un paso adelante en la consolidación del campo del diseño. La reflexión que los alumnos realizan sobre sus propias prácticas y sobre el carácter de la disciplina supone un salto cualitativo en su formación respecto de los saberes instrumentales de los primeros años pero también apuesta hacia la definición y el fortalecimiento de la propia disciplina. Materias como *Epistemología del Diseño*, *Teoría y Crítica del Diseño* constituyen un núcleo de pensamiento sobre el campo, mientras que *Metodología de la Investigación* y la correspondiente *Tesina de graduación* se orientan al desarrollo de la investigación y la extensión más allá de las fronteras profesionales.

Sin embargo, no se trata hoy de listar los aciertos o enhebrar recuerdos. El carácter dinámico de la FADU obliga a establecer prospectivas aun en aquellos momentos –como éste– en los que se tiende a la retrospectiva. Se trata, entonces, de pensar en los desafíos futuros para la Licenciatura de Comunicación Visual delineando posibles itinerarios de acción.

La memoria colectiva que se nutre de la propia historia y

de las historias disciplinares que la constituyen será un punto de apoyo que organice las líneas de partida. En ese sentido, si en la memoria ya está inscrita la innovación, el cambio viene de suyo. Sólo habrá que identificar las grandes líneas de desarrollo. Tarea difícil en un mundo y un país puestos en jaque por problemas económicos, sociales, ambientales, a los que se suma el modo fragmentario con que todavía se aborda el conocimiento en las universidades en contraposición a los contenidos abiertos y los contactos abiertos en todas direcciones que nos propone el incipiente fenómeno de la *cultura online*. Pensar en los procesos colaborativos del conocimiento es obligatorio para todo ciclo de licenciatura pero mucho más para la nuestra ya que el gran desafío en el que está inscripto el Diseño de Comunicación Visual es el de vehicular de un modo nuevo el acceso a la información. Diseñar interfases para el conocimiento es mucho más que diseño *de amigabilidad*, es también un diseño de los modos de lectura posibles y de los modos de acceder a la información.

En otro orden de cosas, corresponde pensar el lugar del diseño como factor estratégico de desarrollo, noción que implica una vuelta de tuerca sobre las concepciones epistémicas, sobre las fronteras disciplinares y sobre las prácticas pedagógicas. Concretamente, propongo incorporar a la concepción de nuestra disciplina, siguiendo los planteos de Beatriz Galán, una reflexión sobre el diseño como recurso intelectual al servicio de procesos económicos, sociales y culturales, en un intento de superar la visión centrada en las piezas de diseño.

Va de suyo que los ámbitos que señalo –el del conocimiento y el del desarrollo– ni son los únicos ni se explican por sí mismos: el tema reclama una discusión profunda llevada delante de manera coordinada, con miras a sacar conclusiones y afinar proyectos. La universidad tiene dos maneras de encauzar esas reflexiones colectivas: en el propio ámbito académico –a través de los proyectos de investigación o en el seno de estudios de posgrado– o bien en foros, jornadas, congresos diseñados para tal fin. Creo que estamos en condiciones de lanzarnos a cualquiera de esos emprendimientos: desarrollar aún más los proyectos de investigación, generar una maestría en la que se concentre el pensamiento sobre la disciplina y planificar discusiones en formatos presenciales o a distancia para analizar el perfil del diseñador en comunicación visual que la segunda década del siglo XXI requiere.